

Desarrollismo y racismo en América del Sur: La Dictadura Perezjimenista (1948-1958) y la expansión de la modernidad “(norte) americana”

Development Policy and Racism in South America: The Dictatorship of Marcos Pérez Jiménez and the Expansion of Modernity

SAÚL HERNÁNDEZ ROSALES*

RESUMEN: Los años cincuenta representan la etapa de la implementación del militarismo desarrollista en América Latina y por ende seremos testigos de grandes procesos de transformación social (explosión demográfica, éxodo rural, urbanización masiva, etc.) pero también represión y violencia por parte del Estado. El programa desarrollista es una etapa más de la colonialidad y la raza seguirá siendo uno de los ejes fundamentales de organización social del patrón colonial de Poder durante la postguerra. En el marco de la construcción de la nueva hegemonía estadounidense contra el enemigo comunista, intentaremos analizar el vínculo entre racismo y *desarrollismo* en el contexto de la dictadura venezolana liderada por Marcos Pérez Jiménez (1948-1958). El proyecto que el dictador llamó el Nuevo Ideal Nacional considerará el acervo de nuestros pueblos indígenas como atávico para el desarrollo, borrará los aportes afrodescendientes a través de la imposición de la ideología del mestizaje y llevará a cabo un proyecto de blanqueamiento de la nación a través de sus políticas de atracción de inmigración europea. En conjunto con los procesos de industrialización, urbanización y tecnificación de la sociedad, la inmigración y el blanqueamiento racial y étnico del país serán procesos interdependientes para la dictadura y su proyecto desarrollista.

PALABRAS CLAVES: *desarrollismo, racismo, blanquitud, colonialidad.*

ABSTRACT: The Fifties represent the stage of the implementation of militarism development policy in Latin America and therefore we will be witnesses of big processes of social transformation (demographic explosion, rural exodus, massive urbanization, etc.) however it will be also a time of repression and violence by the State. In this program of development as a stage of *coloniality*, the *race* will continue to be one of the social classification and organization fundamental axes of the colonial matrix Power during the postwar. As part of the construction of the new American hegemony in the fight against the communist enemy, we'll try to analyze the link between racism and the

* Doctorando en Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador <saulflute@hotmail.com>.

development policy in the context of the Venezuelan dictatorship led by Marcos Perez Jimenez (1948-1958). The project that the dictator called the *Nuevo Ideal Nacional* will consider the contribution of our indigenous peoples as atavistic for Development, will erase the afrolatinoamerican contributions through the imposition of ideology of miscegenation and will lead to a whitening project of the nation through its policies of attraction by European immigration. In conjunction with the processes of industrialization, urbanization and modernization of society, the search for the corporal and spiritual *blanquitud* of the country will be essential to achieve the development policy project.

KEYWORDS: *development, racism, whiteness, coloniality.*

RECIBIDO: 10 de septiembre de 2016 **Aceptado:** 30 de octubre de 2016

Los años cincuenta fueron de grandes cambios en el Sistema Mundo. La misma denominación de *postguerra* para este periodo es lo suficientemente reveladora de la fractura que implicó para el conjunto de las naciones la instauración de un nuevo orden mundial. En América Latina una corriente derivada de la modernización de las Fuerzas Armadas reemplazó a las oligarquías y a sus vetustos sistemas políticos, imponiéndose a lo largo de toda la región en formas de dictaduras o de caudillismos democráticos. En esa década coincidirán Fulgencio Batista en Cuba, Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, Manuel Odría en Perú, Pérez Jiménez en Venezuela, Rojas Pinilla en Colombia, Ibáñez del Campo en Chile y Perón en Argentina, que aunque fue electo democráticamente tenía la misma procedencia de los anteriores.

Es el momento en el que casi en la totalidad del continente regímenes de fuerza intentan llevar a cabo un proyecto impulsado desde el norte global y que tiene como epicentro a los Estados Unidos. Se puede decir sin temor a imprecisiones que se inaugura otra fase de la modernidad, que tendría tres escenarios inextricables entre sí: por un lado, el Plan Marshall, por otro, la Guerra Fría con el bloque socialista y en tercera instancia la cooptación de los mercados latinoamericanos a través de los productos estadounidenses. No es que sea una particularidad de este momento histórico el hecho de que la región se considere un *backyard* de los Estados Unidos, sin embargo, será el momento en el que se instaurará el paradigma del desarrollo.

El constructo desarrollo en el siglo xx vendría a sustituir al progreso como *telos* del siglo xix y con este paradigma el surgimiento de un nuevo reparto geopolítico (países *desarrollados/subdesarrollados*) y un nuevo

proyecto de gestión del Capital. Siendo una nueva fase de la modernidad, no representará de ninguna manera una ruptura con la colonialidad (Quijano, 2014) por ende, al igual que la primera ilustración, fundamentará su proyecto en la clasificación racial como instrumentalización de la dominación. Por esa razón, este artículo intentará explicar cómo se inscribe la dictadura venezolana en este nuevo paradigma y qué formas de racismo oculta el discurso y la praxis desarrollista. También intentaré abordar las particularidades de este estadio de la modernidad, al que Bolívar Echeverría denominó la modernidad americana (Echeverría, 2010) que yo identificaré como (norte) americana, por ubicarse en ese lugar geográfico y porque justo en este momento histórico lleva a cabo un proyecto de expansión imperial a la totalidad del planeta. Es una modernidad que en palabras de Bolívar Echeverría:

La “americana” es así una modernidad que promueve necesariamente el fenómeno del “consumismo”, es decir, de una compensación cuantitativa por la imposibilidad de alcanzar un disfrute cualitativo en medio de la satisfacción; consumismo ejemplificado claramente en el “*give me more!*” de la industria de la pornografía, en la precariedad del disfrute sexual en medio de la sobreproducción de orgasmos...El “americanismo” no es una característica identitaria de la nación “americana” que haya sido impuesta por Estados Unidos en el planeta, sino un modo peculiar de vida civilizada que “se sirvió” casualmente de la historia estadounidense para alcanzar su universalización, impregnándose al hacerlo de ciertos rasgos del comportamiento “natural” de la población de ese país. En efecto, puede decirse que el siglo xx el siglo de la “modernidad americana”, ha sido sobre todo el siglo de la contrarrevolución, de la restauración de la dictadura del capital, después del desfallecimiento al que la llevó la “modernidad europea” y su “desviación socialista” (Echeverría, 2010: 104-106).

La tesis de Echeverría, que yo suscribo para efectos del artículo, develaría la existencia de 4 formas occidentales de modernidad simultáneas que estaría amparadas en cuatro *ethes* modernos, que no son más que formas naturales (histórico sociales) que entrarían en pugna y/o cohabitación con la forma de valor que impone el proyecto histórico del capital (Echeverría 2010). Ellos serían el *ethos clásico*, el *ethos realista*, el *ethos romántico* y el *ethos barroco*. La modernidad (norte) americana que describe Echeverría sería el modo de vida civilizada que emergió como resultado de la forma natural¹ puritana y calvinista y la forma de valor,

¹ Esta categoría tiende a ser problemático para las Ciencias Sociales porque aparentemente implica asumir la existencia de una naturaleza humana, pero Bolívar Echeverría lo toma

ubicado en lo que conocemos ahora como el norte de Europa y que se trasladó a territorio norteamericano, que hoy llamamos Estados Unidos. Ese *ethos* constituido en esta zona geocultural (El norte de Europa/ética protestante), Bolívar Echeverría lo denominó el *ethos realista*, por esa razón, en el párrafo citado, aclara que no es “americano” este *ethos*, sino que se sirvió de los Estados Unidos (condiciones geográficas, climáticas, geopolíticas) para expandirse. No es “americano” pero se hace norte (americano).

Este *ethos* generado por la modernidad (norte) americana, intentará ser impuesto a través de un proyecto geopolítico mundial en los años cincuenta encubierto en el paradigma del *desarrollo*. Los instrumentos serán diversos: en Europa, a través de inversiones y préstamos mediante el Plan Marshall, en América Latina, alianzas estratégicas con los gobiernos militares, en el Medio Oriente y Asia invasiones armadas, pero más allá de estas modalidades del mismo proyecto imperial, lo particular de esta época es que este proyecto se inscribirá en la narrativa de toda las ciencias sociales y humanas. La idea de desarrollo será el nuevo *telos* de nuestras sociedades. Arturo Escobar es quien elabora la genealogía más completa del surgimiento y la imposición de la narrativa desarrollista a través de las agencias de Naciones Unidas como instrumento del gobierno de los Estados Unidos para llevar a cabo su proyecto imperial en esta fase del capital. Para Escobar la primera vez que aparece formulado el proyecto es en un discurso del Presidente de los Estados Unidos Harry Truman ante el Congreso de los Estados Unidos el 20 de enero de 1949:

Hay que lanzar un programa que sea audaz y que ponga las ventajas de nuestros avances científicos y nuestro progreso tecnológico al servicio del mejoramiento y el crecimiento de las regiones subdesarrolladas. Más de la mitad de la población del mundo vive en condiciones cercanas a la miseria. Su alimentación es inadecuada, es víctima de la enfermedad. Su vida económica es primitiva y está estancada. Su pobreza constituye un obstáculo y una amenaza tanto para ellos como para las áreas más prósperas. Por primera vez en la historia, la humanidad posee el conocimiento y la capacidad, para aliviar el sufrimiento de esas gentes... Creo que deberíamos

directamente de la *Crítica de la Economía Política* de Marx, en la que no se hace referencia a una sustancia o a una forma esencial de la vida. En sus propias palabras: “La “forma natural” de la vida humana-del proceso de reproducción de sí misma y del mundo en el que se desenvuelve- es propiamente una forma social e histórica; es el modo que tiene el ser humano de autoafirmarse es identificarse mientras se define o se determina en referencia a lo otro, a la “naturaleza”. Es la forma “metafísica” que adoptan las funciones “físicas” o vitales del animal humano cuando éste comienza a ejercer una sujetividad” (Echeverría, 2010:111).

poner a disposición de los amantes de la paz los beneficios de nuestro acervo de conocimiento técnico para ayudarlos a lograr sus aspiraciones de una vida mejor... Lo que tenemos en mente es un programa de desarrollo basado en los conceptos del trato justo y democrático... Producir más es la clave para la paz y la prosperidad. Y la clave para producir más es una aplicación mayor y más vigorosa del conocimiento técnico y científico moderno (Escobar, 1999: 19).

Desde este locus de enunciación geopolítica y militarmente privilegiado para la época, el presidente de EEUU decide asumir que más de la mitad del mundo vive en la “miseria” por consecuencia de una economía “primitiva”. Además, asevera que la situación de gran parte del mundo es una “amenaza” y un “obstáculo” para las “zonas prósperas”, es decir, el norte global. Esto implicaría que los distintos *ethes* y sobre todo sus formas naturales (histórico sociales) son perniciosas para el “programa audaz” que tiene los Estados Unidos para el mundo. Si tomamos en serio los postulados de Truman, descartando que sea un proyecto que enmascara agendas e intereses ocultos, lo que él estaría planteando públicamente es la imposición de la modernidad (norte) americana al resto de la humanidad. Desarrollar los países subdesarrollados tendría un conjunto de condicionamientos materiales científico-técnicos que podríamos enumerar como la necesidad de: urbanizar, tecnificar y profesionalizar la población, industrializar, crecer económicamente a través de la introducción de la ciencia en los procesos de producción e higienizar el país (Escobar, 2014), entre otros procesos, que configuraría un cambio total en la forma de vida, trastocando inclusive elementos tan diversos como la experiencias del tiempo y el espacio (medios de comunicación y autopistas), el orden demográfico (éxodo rural) y los modelos de educación. No será tema de este artículo la teoría de la dependencia, referencia obligada para hablar del vínculo inextricable entre desarrollo y subdesarrollo, ni tampoco el vínculo entre el militarismo y desarrollismo en la región, temas ampliamente abordado por la literatura latinoamericanista. Lo que sí haré y por esa razón la presentación de Bolívar Echeverría, es analizar este nuevo paradigma y esta etapa de la modernidad capitalista a partir de su racismo constitutivo. Mostrando cómo mediante un supuesto discurso economicista que va en búsqueda de la transformación de las condiciones materiales de los países subdesarrollados existe un *ethos* imantado irreductiblemente a un *soma blanco* que lo referencia. Esta modernidad capitalista que se va gestando en el norte de Europa, a la que Weber ya hace referencia y que se

traslada a los Estados Unidos, haciéndose (norte) americana encontrará en la blanquitud su corporalidad. En palabras de Echeverría:

Ahora bien, en lo que concierne a estas reflexiones, es de observar que la identidad nacional moderna, por más que se conforme en función de empresas estatales asentadas sobre sociedades no europeas (o sólo vagamente europeas) por su “color” o su “cultura”, es una identidad que no puede dejar de incluir, como rasgo esencial y distintivo suyo, un rasgo muy especial al que podemos llamar “*blanquitud*” de sus miembros... La explicación de esta posible paradoja de una nación “de color” y sin embargo “blanca” se puede encontrar en el hecho de que la constitución fundante, es decir, primera y ejemplar, de la vida económica moderna fue de corte capitalista-puritano, y tuvo lugar *casualmente*, como vida concreta de una entidad política estatal, sobre la base humana de las poblaciones racial e identitariamente “blancas” del noroeste europeo. Se trata de un hecho que hizo que la apariencia “blanca” de esas poblaciones se asimilara a esa visibilidad indispensable de la “santidad” capitalista del ser humano moderno, que se confundiera con ella. La productividad del trabajo como síntoma de la santidad moderna y como “manifestación” del “destino” profundo de la afirmación nacional pasó a incluir, como acompañante indispensable, a la blancura racial y “cultural” de las masas trabajadoras. El rasgo identitario-civilizatorio que queremos entender por “*blanquitud*” se consolida, en la historia real, de manera casual o arbitraria sobre la base étnica de la población europea noroccidental, sobre el trasfondo de una blancura racial-cultural... En otras palabras, debido a su frecuencia abrumadora, el hecho de que los “santos visibles” fueran también, además de todo, “de raza y de usos y costumbres blancos” abandonó su factualidad y pasó a convertirse en una condición imprescindible (Echeverría, 2010: 60-61).

Este hecho no hace sino confirmar el vínculo existente entre la ética protestante indispensable para desarrollar el espíritu del capitalismo (Weber) con un *soma protestante*; siendo necesario no sólo una ética que sacralice el trabajo, la producción y el lucro sino una corporalidad que materialice esta forma de vida. Por esta razón el proyecto del que hablaba Truman en el párrafo citado, no trata solamente de “colocar a disposición los beneficios del conocimiento técnico” a las regiones subdesarrolladas, sino de blanquear racial-culturalmente a esos pueblos no blancos poseedores de maneras alternativas de construcción de su forma natural (histórico social). En este sentido, desarrollar es blanquear y con la imposición de la modernidad (norte) americana la borrada y la obliteración de los elementos no blancos a través de modalidades como el genocidio o la eugenesia, serán fundamentales en los planes de gobierno de América del Sur. Esa idea expresada por Truman de que las formas de vida

otras son amenazas y obstáculos para el norte global (la blanquitud) tendrá una reverberación radical en los proyectos militaristas desarrollistas de la región.

Distintos elementos determinantes de los modos de vida, tradicionales, distintas subcodificaciones de los sistemas semióticos y lingüísticos heredados, distintos usos y costumbres pre-modernos o simplemente no-modernos, en pocas palabras, distintas determinaciones de “la forma natural” de los individuos (singulares o colectivos) son oprimidos y reprimidos sistemática e implacablemente en la dinámica del mercado a lo largo de la historia...son precisamente aquellas determinaciones identitarias que estorban en la construcción del nuevo tipo de ser humano requerido para el mejor funcionamiento de la producción capitalista de mercancías y que deben ser sustituidas o reconstruidas de acuerdo a la versión realista, puritana o protestante calvinista del *ethos* histórico capitalista (Echeverría, 2010: 58-59).

En este sentido Bolívar Echeverría devela lo que encubre el discurso de Truman, cuando se habla de aquellas “determinaciones de la “forma natural” que son “oprimidos y reprimidos sistemáticamente” o que simplemente “estorban” a modo de “obstáculos” diría el presidente norteamericano. Por esa razón, lo que aquí intento demostrar, es el desarrollo como otra etapa de la modernidad/colonialidad, que tiene como protagonista en este caso, ya no a los imperios franceses, ingleses, españoles, holandeses y portugueses sino a los Estados Unidos como el portador de la modernidad (norte) americana y como el portador de la blanquitud del *ethos realista* trasladado a la bonanza existente del otro lado del Atlántico.

En este contexto, ubicaré la dictadura de Marcos Pérez Jiménez que va de 1948 a 1958 y situaré a Venezuela dentro de la construcción de este nuevo orden mundial. Realizando una arqueología de los discursos del dictador y de su Ministro de Interior y principal ideólogo Laureano Vallén Planchart de lo que ellos optaron por llamar el Nuevo Ideal Nacional. Este programa revelaba cuáles eran las prioridades de Venezuela para lograr en anhelado *desarrollo* del país. En palabras de Ocarina Castillo:

El Nuevo ideal nacional, se nos presenta así, como una suerte de mixtura ideológica, que intenta ofrecer una visión del país fuertemente influenciada por el positivismo, la cual se complementa con un pensamiento militarista que enfatiza el importante papel que deben desempeñar las Fuerzas Armadas en la búsqueda del desarrollo del país, y en el mantenimiento y defensa de la soberanía sus posibilidades de expansión, haciendo de la “transformación” la palabra clave para definir el proyecto que se quería para Venezuela. La transformación debía realizarse a través de una

obra material que en diversos órdenes-económico, industrial, científico y militar-potenciara las capacidades y recursos del país, en el contexto de un cuadro de dominación política signado por el desprecio a los partidos y el uso combinado de la violencia y el paternalismo como forma de mantener la cohesión (Castillo 1990, 11-12).

Positivismo y pensamiento militarista buscarían la “transformación moral y física” del país. El *Nuevo Ideal Nacional* cimentaría las bases del proyecto desarrollista en Venezuela y fungiría como la matriz paradigmática desde la que se generarían políticas públicas. El positivismo en América Latina desde sus inicios siempre concibió la raza como un problema para el progreso de las naciones del Sur. Los pueblos indígenas y afrodescendientes eran considerados como atávicos y obstáculos para acceder a la civilización. Desde el positivismo argentino de la generación de 1880 hasta el positivismo del Porfiriato en México o del Gomecismo en Venezuela, racismo y positivismo son sinónimos: “En la década de los 80 del siglo XIX, época de esplendor de las oligarquías en cuyo seno germinó el positivismo, se produjo el genocidio de la población mapuche en la Patagonia argentina y el genocidio de la población yaqui en el Estado mexicano de Sonora” (Roig, 2005: 676). Sea mediante el racismo biológico heredero del darwinismo social, o el racismo cultural heredero de la sociología de la modernización, la imposición de la modernidad capitalista en América Latina será siempre racista. Con respecto al militarismo, frente a un supuesto grado de anarquía constitutivo de la diversidad que fundaron nuestras naciones, las Fuerzas Armadas se abrogarán la responsabilidad de llevarnos al orden necesario para cumplir el destino desarrollista que nos ha sido prometido.

Ahora bien, no hace falta ir demasiado lejos en la arqueología o hacer un ejercicio de hermenéutica profunda para desentrañar el racismo que engendra el proyecto venezolano. El mismo dictador lo explicitará en muchas ocasiones sin ningún tipo de tapujo. En una entrevista realizada por el historiador Agustín Blanco Muñoz a Marcos Pérez Jiménez, este lo formulará de la siguiente manera:

Dentro de los enunciados filosóficos, las grandes ideas del *Ideal Nacional* se decía, con pleno conocimiento de causa, que hay necesidad de mejorar el medio físico y el componente étnico. Nosotros tenemos una serie de taras que debemos corregir. Y si no las corregimos nos mantendremos dentro de la categoría de pueblo subdesarrollado o atrasado... Si nosotros no modificamos nuestra manera de ser nos mantendremos como un pueblo atrasado. Por eso, dentro de las cuestiones del *Nuevo Ideal Nacional*, estaba

en primer lugar la necesidad de mezclar nuestra raza con el componente de los pueblos europeos. Pueblos que si bien tienen sus taras, como todos los pueblos de la humanidad, son pueblos que han sufrido, que han tenido que luchar duramente para reconstruir sus ciudades, etc. Son pueblos habituados al trabajo...Planteábamos entonces por un lado, mezclar con gente de otros pueblos...Lo que nos interesaba era otra cosa: formarles el espíritu de trabajo, darles la debida capacitación para que comprendieran cuales eran sus verdaderas funciones como ciudadanos, es decir, sus derechos y deberes. Solo así el componente étnico está en condiciones de rendir para la nación lo que debe rendir...En el sentido quizás de que le venían a quitar trabajo a los criollos. Pero esto no es verdad...nosotros, dentro de nuestra conformación indígena tenemos la tendencia a la pereza. Y si podemos alimentarnos sin trabajar, lo hacemos. De manera que muchas veces lo que ocurría era que había empleo pero no la disposición para trabajar... (Blanco 1983, 68-69).

Según un censo del año 1950, la población indígena representaba un 2% de la población total del país. Actualmente es de 2,8%.² Venezuela es uno de los países con menor población indígena proporcionalmente hablando de América del Sur y sin embargo el dictador venezolano asume que “nuestra conformación indígena” contribuye a una “tara” que tenemos que corregir. Esto demuestra simplemente cómo opera la ideología racista (entendida evidentemente como falsa consciencia) que sustenta la colonialidad. Aunque no haya una población indígena considerable, su sola existencia es ya un problema para el proyecto de país. Un problema visto como “tara”, como atávico. Aquí el dictador hace un vínculo que muchas veces pasa desapercibido, el vínculo entre técnica y cuerpo. Dice que hay que mejorar el “medio físico”, pero también el componente “étnico”, pero no se refiere con ello a algo espiritual, o abstracto, se refiere a inmigración europea (tampoco cualquier inmigración). Pérez Jiménez considera que el cuerpo blanco ostenta los repertorios técnicos que son funcionales a la modernidad capitalista en su versión desarrollista (norte) americana que él quería instaurar en Venezuela. Por esta razón el estímulo permanente de la inmigración europea se convierte en una práctica blanqueadora por parte del gobierno nacional.

Es importante resaltar que el dictador habla de “mezclar nuestra raza”, esto quiere decir dos cosas: primero, que acepta la noción de raza y segundo, considera al mestizaje como una posibilidad de blanqueamiento, siendo éste una mezcla para la superación de la no blanca. Lo particular es

² Cifras del Instituto Nacional de Estadísticas de Venezuela. http://www.ine.gov.ve/documentos/Demografia/CensodePoblacionyVivienda/pdf/ResultadosBasicos_11-03-14.pdf.

que no haga mención al componente afrodescendiente. Durante el arqueo de los documentos, nunca aparece mención alguna a la afrodescendencia ni como atavismo ni como problema, solo le endilga al componente indígena la generación de nuestra falencia para *desarrollarnos* en un país mayoritariamente afrovenezolano como lo indica el estudio de Sanoja Mario y Vargas Iraida:

La extraordinaria expansión territorial y densidad demográfica de los negrovenezolanos a partir del siglo XVIII fue como una segunda colonización de Venezuela, lo cual demuestra-como dice Acosta Saignes- cuán intensa fue su participación en la conformación definitiva de nuestra sociedad: juntos, los indígenas y los negros fundaron pueblos, abrieron campos de cultivo, desarrollaron artesanías, se convirtieron en los aguerridos pastores de ganado que hoy llamamos llaneros, innovaron y ayudaron a desarrollar localmente técnicas constructivas para viviendas populares como el bahareque y la tapia, entre otras, pero, fundamentalmente, el gran aporte de ese proceso de transculturación entre indígenas y negros fue la creación de la cultura venezolana, de los rasgos somáticos generales, de las expresiones religiosas como el San Juan Guaricongo, San Benito y los cultos sincréticos de María Lionza, el Negro Felipe y Guaicaipuro, expresiones musicales como el sangreo, el baile del tambor y el merengue, la salsa y formas gestuales y dialectales que distinguen la singularidad del pueblo venezolano...En adelante, cuando hablemos del pueblo venezolano, es necesario recordar a esa fragua social, que llama Acosta Saignes, dio origen a 80% de nuestra población actual (Vargas y Sanoja 2015, 65).

Si comparamos estos porcentajes que no están reconocidos oficialmente en un censo oficial, por las dificultades de nombrar la raza en Venezuela³ pero que han sido estudiados a profundidad por antropólogos y sociólogos, es de difícil comprensión que el peso de la no blancura recaiga sobre la escasa población indígena. Dos hipótesis emergen para poder explicarlo: por un lado, el negro (afrodescendiente) simplemente ha sido expulsado a la esfera del “No Ser” (Fanon, 1973) con lo que al no ser considerado humano, ni siquiera entraría en el proyecto desarrollista. La segunda hipótesis sería que el holocausto nazi y el trauma posterior, crearon el consenso de que la raza no era un concepto biológico sino sociocultural; por ende, se vivirá un tránsito en el Sistema Mundo de un racismo biológico a uno cultural (Dorlin, 2008) Siendo así, al no considerarse al negro como portador de una cultura, no era un *problema*. De hecho, serían más fáciles de asimilar que pueblos que supuestamente tenían una cultura atávica, es decir, una lengua distinta al

³ Hay un grupo de investigadores que comenzaron a trabajar un censo desde el año 2015.

castellano, una cosmogonía propia y una relación comunitaria disfuncional al capital. Como lo repetiría Laureano Vallenilla Planchart, el ideólogo del Nuevo Ideal Nacional y Ministro de Relaciones Interiores que decía en un artículo publicado en el periódico oficial del gobierno, *El Heraldo*, el 28 de marzo de 1957: “Nosotros no somos anti-indigenistas, pero nos felicitamos de que en Venezuela no hayan indios y nos oponemos al mantenimiento de tradiciones que son fruto de la miseria, la ignorancia y el atraso” (Castillo, 2003:110). Aquí volvemos a ver la narrativa de Truman presente, la idea de lo primitivo, de lo atrasado, vinculado a lo diferente. Ahora bien, a pesar de la alterofobia, no aparece ninguna mención a los afrodescendientes en estas declaraciones, la única mención que encontré en mi búsqueda del racismo contra el negro, fue a través del tropo “merienda de negros” para hacer alusión a las fiestas de la patria, que aunque eran patrocinadas por el régimen, no eran muy del gusto de Vallenilla Planchart:

El tasajo se pone a la orden del día junto con los arroces, el folklore de Juan Liscano y la llamada “coronación” resulta fiesta patronal pueblerina, con sus borrachitos, sus dependencias, sus cohetes y sus jugadas clandestinas (...) Toda esa merienda de negros tuvo que provocar la rebeldía y luego, la intervención de los verdaderos intelectuales que por una vez no aparecían inermes sino vestido de uniforme, sometidos a severa disciplina y habituados a una jerarquía de valores.⁴

Simplifica la expresión política que implica una fiesta popular, a los borrachos y las “jugadas clandestinas”, a la fiesta patriótica la llama “merienda de negros” y luego los acusa de provocar la “rebeldía de los verdaderos intelectuales”, lo que en el contexto en el que nos encontramos significaba denigrar a Juan Liscano, que siendo un folklorista de renombre en Venezuela no era un “verdadero” intelectual porque se encargaban de estudiar el aporte africano e indígena a nuestra cultura. Sin embargo, a pesar de ciertas referencias como las de Vallenilla, discursivamente el negro no aparecerá como problema para el desarrollo, el indio sí, como vimos anteriormente. Es por esta razón que yo quisiera plantear la segunda opción, porque siendo la afrodescendencia la matriz cultural que aportó mayoritariamente al país, no puede simplemente eliminarse incercialmente, aunque esté borrado en el discurso. El mismo Vallenilla confesará respecto a su pasado ideológico: “Si alguna vez simpaticé con Mussolini fue porque representó una reacción contra la indiferencia social de los liberales... tampoco fui hitleriano, un café con leche de América, no puede

⁴ R.H. Vallenilla Lanz, Laureano. *El Heraldo*. 12/2/57

ser racista” (Castillo, 1990: 71) Para Vallenilla, la forma en la que tiene de problematizar la cultura y construir al indio como atavismo, no representa racismo. Al no inscribirse en una perspectiva biológica (como era la del nazismo), el problema no es la raza sino la cultura y por ende el negro no se asume como obstáculo, al carecer de una lengua propia, religión y comunidad y al desaparecer diluido en el mulataje caribeño que Vallenilla llama “café con leche”. Esto demostraría cómo detrás del discurso sobre la cultura y el mestizaje se encubre el racismo biológico, que en América Latina es una latencia que aparece en ocasiones encubierto en forma de eugenesia o con radicalidad extrema en forma de genocidio. Será ilustrativo ver cómo por ejemplo durante la dictadura, los temas indígenas pasaran al Ministerio de Justicia, lo que simbólicamente y materialmente no es más que una criminalización de la diferencia:

A partir de 1952 “los asuntos indígenas” pasan a depender de la Dirección de Cultos del Ministerio de Justicia, lo cual se correspondía coherentemente con el enfoque directriz basado en la necesidad de “civilizar” a dichas sociedades. Ninguna otra acción importante iba a modificar ese proceso por casi una década; por el contrario, la situación del indígena se tornará cada vez más difícil en el contexto de las relaciones que el desarrollo capitalista le impone desde el resto de la sociedad nacional...la marginalidad y la pobreza a que los condena el proceso de estructuración de clases (Rodríguez 1991, 32) (Herrera 2009, 183).

Lo que sí es una constante es el vínculo del atraso con lo indio. Habría otras variables que pudieran tomarse en consideración, como que por ejemplo Pérez Jiménez se había formado en Perú antes de ejercer el cargo de Ministro de la Defensa y luego Jefe de la Junta Militar y probablemente venía con una fuerte impronta anti-indígena. O que Laureano Vallenilla Planchart siendo hijo de uno de los principales intelectuales positivistas del país Laureano Vallenilla Lanz, hereda la teoría de su padre en el *Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana* (Vallenilla, 1991) en la que esbozaba que el componente afrovenezolano era mucho más proclive a la modernidad que el indígena. Sin embargo, no me preocuparé aquí por las influencias personales sino por el vínculo entre el proyecto civilizatorio del desarrollo y el racismo.

Habría que decir que en el imaginario colectivo del venezolano se ve a Pérez Jiménez como el gran modernizador del país. La memoria de la dictadura está cimentada sobre *la transformación del medio físico* y en

consecuencia la construcción de una nueva experiencia del tiempo y el espacio. Pérez Jiménez entonces logra conectar una política bien radical de urbanización del país (sobre todo Caracas) con la inmigración europea. Paisaje urbano y blanqueamiento de la sociedad, para la construcción del proyecto desarrollista. Ese mundo material desarrollado necesitaba de los cuerpos blancos que lo habitaran según el propio Nuevo Ideal Nacional, como lo expresaría el dictador y Vallenilla Planchart en los testimonios ya citados. Es una época de gran impacto demográfico y urbanístico en el que Caracas pasó de contar en 1950 con un 9% de la población total del país, a un 20% del total de la población nacional en 1958 (Matos Mar 1968). Se construyeron gran cantidad de obras públicas de transporte, comunicación y telecomunicación:

En el año de 1953 se inauguraron los Edificios del Centro Simón Bolívar, los hoteles Tamanaco de Caracas y del Lago de Maracaibo. En ese mismo año se nacionalizaron los servicios telefónicos, creándose la Compañía Nacional de Teléfonos de Venezuela y en el campo de las comunicaciones se instalaron las tres empresas de comunicación: Televisa, Televisora Nacional y Radio Caracas Televisión. En materia de infraestructura en 1954 se realizó la canalización de la Barra de Maracaibo y se finalizaron las obras de dragado del Orinoco. Se inauguraron la Ciudad Universitaria, el Hospital Clínico, la Avenida Francisco de Miranda, el Sistema de la Nacionalidad, el Círculo de las Fuerzas Armadas, los superbloques del Cerro Piloto y el puente sobre el Río Chama. En 1955 se pusieron en servicio, la Avenida Bolívar, la Unidad Residencial “2 de diciembre” (hoy “23 de enero”), la Sede de los Seguro Sociales, el Teleférico de Caracas, la Avenida Intercomunal de Macuto y la Ciudad Vacacional Los Caracas. En el año 1956 se construyó la carretera Panamericana y buena parte de la Avenida Fuerzas Armadas, el distribuidor de la Avenida Nueva Granada, la prolongación de la autopista El Valle (Castillo, 1990: 50).

Toda esta materialidad estaba tratando de integrar a la sociedad venezolana a un nuevo *ethos histórico*, mediante la imposición artificial de la modernidad (norte) americana. Toda esta inversión para construir un paisaje desarrollado en la periferia, necesitaría de cuerpos funcionales a estas nuevas formas habitar el espacio público. Evidentemente, un paisaje desarrollado en la periferia, se convertirá en un paisaje dependiente, es decir, esta transformación física será posible, a través de la inversión estatal, que depende de los mercados mundiales y cómo se coticen allí sus materias primas o si no, depende de la inversión extranjera directa. En el caso venezolano, los capitales norteamericanos estarán muy presentes

para invertir en el país, EEUU también se convirtió en nuestro principal exportador de bienes y servicios:

Entre 1951 y 1957 la inversión extranjera más que se triplicó, y EEUU fue responsable de casi 70% del total (Banco Central de Venezuela 1958:81). En este periodo la inversión de capital foráneo en la industria aumentó de 165 millones a 411 millones de bolívares, esto es, de 10,7% a 14,8% de toda la inversión en este sector (Aranda 1977:163). Dados el demorado desarrollo industrial de Venezuela y su economía floreciente, este flujo de capital extranjero en la manufactura no desplazó de la industria del capital local existente. Ni tampoco desalentó la actividad comercial. El comercio entre EEUU y Venezuela también se amplió durante esta década, hasta alcanzar el monto de más de 1.000 millones de dólares en 1957; Venezuela, con menos de siete millones de habitantes, se convirtió en su socio en empresas mixtas. De esta convergencia de intereses en el desarrollo industrial surgió una alianza naciente entre los sectores de punta del capital local y extranjero en respaldo a la industrialización fomentada por el Estado (Coronil 2002, 206).

Además Pérez Jiménez nunca ocultó su admiración por los Estados Unidos e incluso confesó en múltiples ocasiones que en varios ámbitos eran su modelo a seguir. No sólo a nivel urbanístico y con respecto a la transformación de la ciudad de Caracas, sino también en la provincia del país. De hecho, nunca se planteó una reforma agraria como si lo hicieron los gobiernos previos y algunos contemporáneos a la dictadura venezolana en la región, lo que pretendía era tecnificar el campo, denominando a este proceso reforma agrícola (Castillo, 1990). En ese sentido pretendía norteamericanizar el campo venezolano y hacer de nuestro campesino un *farmer* de los Estados Unidos:

Una clase de campesino que tuviera su parcela cultivada racionalmente, con los medios adecuados, de gran rendimiento, tractores y no simples palas. Que tuviesen una casa con servicios higiénicos, televisión, vehículos apropiados y que pudieran mandar a sus hijos, como los hacen los granjeros americanos a las escuelas y a las universidades (Blanco, 1983: 171).

Evidentemente no se podía pensar en la imposición de una modernidad (norte) americana sin la participación de los Estados Unidos, que según las cifras citadas era responsable del casi 70% de las inversiones. Esta nueva estructura económica estará acompañada de una superestructura (Althusser, 2005) a modo de lo que para Ludovico Silva sería la plusvalía ideológica: “lo que al trabajo físico es la plusvalía material, eso mismo

es al trabajo psíquico la plusvalía ideológica” (Silva, 2011:183). La televisión, el cine, la publicidad, construirán un régimen visual que homologará desarrollo con blancura, por ende, no solamente el trabajo psíquico al que se refiere Ludovico Silva generará la reproducción del sistema de explotación (plusvalía ideológica), sino que generará un régimen de visualidad en el que la blancura estará vinculada al prestigio, la belleza y la virtud. El cuerpo del desarrollo quedará fijado como un cuerpo blanco. Considero útil tomar la lectura de Ludovico Silva acerca de la publicidad y la invasión de los medios de comunicación que se da en los años cincuenta, que aunque sea una perspectiva desracializada nos abre una interesante grilla de análisis para complementar todos los cambios estructurales que se hacen en esta década:

Pero lo más importante: es un “tiempo libre” en el que trabajamos para la preservación del sistema, es el tiempo de producción de la plusvalía ideológica. La energía psíquica permanece concentrada en los múltiples mensajes que el sistema distribuye; permanecemos atados a la ideología capitalista, y se trata de un tiempo de nuestra jornada que no es indiferente a la producción capitalista, sino al contrario: es utilizado como el tiempo óptimo para el condicionamiento ideológico. Es el tiempo de la radio, la televisión, los diarios, el cine, las revistas y, si tan sólo se va de paseo, el tiempo de los anuncios luminosos, las tiendas, las mercancías... El tiempo libre de la sociedad capitalista-imperial no es un tiempo libre: es el tiempo de producción de la plusvalía ideológica (Silva, 2011: 237).

El tiempo de la reproducción de la sociedad capitalista-imperial es el tiempo de la reproducción de la blanquitud. Ese orden racial que se instaura con la colonialidad (Quijano, 2014) pero que se reconstituye con el proyecto desarrollista y su sociedad de consumo: radio, televisión, cine y prensa. La imposición de ese paisaje urbano traerá consigo un conjunto de necesidades también importadas, tanto en el espacio público (autobuses, carros, etc.) como en el espacio doméstico (lavadoras, secadoras, televisores). Además, todos estos nuevos objetos serán los nuevos ordenadores de la blanquitud, los nuevos mecanismos de acumulación de prestigio (de blanqueamiento). El consumo contribuirá a consolidar el status de la blanquitud aunque los cuerpos no blancos que accedan a ellos sean siempre deficitarios y no puedan ostentarla plenamente. Este vínculo será promocionado constantemente por las industrias culturales: el gran promotor del *American way of live* (Echeverría, 2010). El sujeto que habitará

esas ciudades tiene un color privilegiado que es el mismo *soma* del *ethos realista* que se hizo modernidad (norte) americana y que se convirtió en lo que Ludovico Silva llamó la sociedad capitalista-imperial. En palabras de Bolívar Echeverría:

El valor de uso de la ciudad del siglo xx, del campo del siglo xx, de las vías de comunicación del siglo xx, es un valor de uso deformado, invertido de sentido por un diseño del mismo en el que el *telos* de la valorización parece haber sustituido definitivamente al *telos* que la sociedad moderna puede plantearse a sí misma democráticamente. El valor de uso del automóvil individual (del Ford- T y el Volskwagen en adelante) no responde a necesidades de transportación “naturales”, es decir, socialmente concretas, que el ser humano decidiera tener sobradamente; por el contrario, es un valor de uso que “se adelanta a sus deseos” e infunde en él una necesidad que no es de él sino del capital, que satisface la suya, la de acumularse, a través de ella. Con el valor de uso del hogar y los utensilios domésticos aparentemente “indispensable para el ama de casa moderna” sucede lo mismo; también con el valor de uso del cuerpo propio (como instrumento de trabajo y consumo) y los productos e implementos de su alimentación y salud, de su higiene y cuidado; con el valor de uso de los medios de diversión y entretenimiento, etcétera (Echeverría, 2010: 103-104).

Desde el “valor de uso” impuesto en el siglo xx, hasta el utensilio doméstico “indispensable para el ama de casa moderna” encontraremos un vínculo con la blancura. En la publicidad que presentaré a continuación todos estos objetos están acompañados de cuerpos blancos. Si la modernidad (norte) americana está representada en la sociedad de consumo, esta sociedad de consumo tendrá al sujeto blanco como la concreción de su sistema. El régimen de visualidad que impone la publicidad y la industria cultural en general, no solo sirve como plusvalía ideológica en tanto explotación psíquica, también se convierte en un horizonte en el que la sensibilidad es conquistada por la raza como un signo (Segato, 2007: 131) compuesto por un significante anatómico blanco que rodeado de todos estos objetos dadores de prestigio (autos, electrodomésticos, perfumes) tendrá como significado el desarrollo. La raza fue el constructo científico/ideológico que se creó para justificar la desigualdad y la explotación, para permitir la apropiación de valor no reconocido, por ende, es central para la colonial/modernidad (Quijano, 2014). Un proyecto, pues, de reconstrucción estructural/material de la nación, que plantea modernizar la forma de vida en el país en todos sus niveles, dejará precisamente

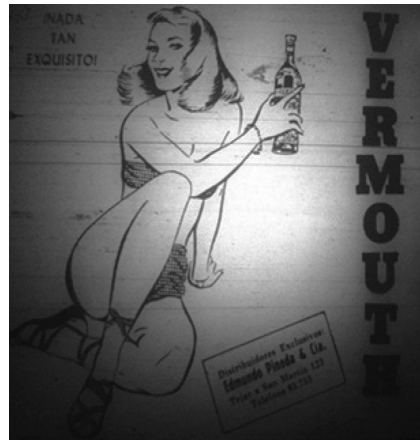
intacto el racismo como pilar del nuevo modelo. Así quedó expuesto en los testimonios tanto del dictador Marcos Pérez Jiménez como de su Ministro de Interior e ideólogo del Nuevo Ideal Nacional Laureano Vallenilla Planchart.

El otro lugar privilegiado para realizar el arqueo fue la publicidad dentro de los periódicos de esa década (1948-1958) a los que tuve acceso en la Hemeroteca Nacional de Venezuela. Allí se establece claramente el código de blanquitud que impone el desarrollismo a través del consumo. La representación de la mujer blanca acompañando a los distintos nuevos objetos de consumo o de valor uso que se adelanta al deseo como diría Bolívar Echeverría produce una nueva codificación de la blanquitud, en este caso generada (feminizada). La mujer blanca es la que porta la matriz reproductora del cuerpo desarrollado y será siempre presentada al lado de estos nuevos objetos indispensables para ostentarlo. Ese código de la blanquitud que aparece inscrito en la industria cultural que promueve la modernidad (norte) americana. Yo sólo haré referencia a la publicidad encontrada en los periódicos para efectos de este artículo. Esta representación, genera a la vez, poder y prestigio que ostentan estas corporalidades y crea la fantasía de acceso a la blanquitud en los consumidores no blancos, siendo esta el pilar fundamental del plusvalor ideológico que plantea Ludovico Silva y lo que garantizaría la explotación. Con respecto a la relación entre poder y representación Stuart Hall nos dice:

Dentro de la estereotipación, entonces, hemos establecido una conexión entre representación, diferencia y poder. Sin embargo, necesitamos sondear la naturaleza de este poder más profundamente. A menudo pensamos en el poder en términos de coerción o restricción física directa. Sin embargo, también hemos hablado, por ejemplo, del poder en la representación: poder de marcar, asignar y clasificar; del poder simbólico, el de la expulsión ritualizada. El poder, parece, tiene que entenderse aquí no sólo en términos de explotación económica y de coerción física sino también en términos culturales o simbólicos más amplios, incluyendo el poder de representar a alguien o algo de cierta forma dentro de cierto “régimen de representación”. Incluye el ejercicio de poder simbólico a través de las prácticas representacionales. La estereotipación es un elemento clave en este ejercicio de violencia simbólica (Hall, 2013:431).

En lo que se podría complementar a Hall es en que el “régimen de la representación” repercute en la realidad económica, es decir, no son esferas autónomas o separadas como pareciera plantearlo allí. Los excluidos de

la pantalla o del periódico son excluidos en la realidad material también, solo que a través de la plusvalía ideológica viven con la promesa de alguna vez formar parte de ella. A continuación, colocaré algunas imágenes tomadas en distintos periódicos de distintos años de la década en la que gobernó la dictadura como ejemplo de mi argumentación:

[1]⁵[2]⁶

La particularidad de estas publicidades es que uno no sabe si le está haciendo promoción a la mujer o al producto. Digamos que la imagen central es la mujer y el producto viene por añadidura. El esfuerzo, a pesar de ser en blanco y negro, por denotar blanquitud es impresionante. En la del cigarrillo *Philip Morris* [1] las formas de sentarse, el ademán con el dorso de la mano mientras sostiene el cigarrillo, la vestimenta, los rasgos del norte de Europa, acompañado de los adjetivos maravilloso y superior, van construyendo el código de la blanquitud. En la publicidad del *Vermouth*, el cabello lacio y aparentemente rubio es abatido por la brisa, con una media sonrisa mira de reojo a la cámara, las letras dicen “nada tan exquisito”. En el artículo no me planteé una perspectiva de género pero, sin duda, habría que pensar si esos adjetivos se refieren al cuerpo femenino, expuesto para el consumo de la mirada rapiñadora del consumidor, o simplemente, representan el prestigio al que se puede acceder a través del consumo de

⁵ “El Heraldó”. Sábado 09/02/1953. Pág. 3.

⁶ “El Nacional”. Jueves 11/08/1949. Pág. 19.

estos productos. La segunda perspectiva es la que nos interesa, al ser la modernidad (norte) americana la modernidad del consumismo, de la desmesura de la artificialidad, la adquisición de objetos será el remplazo del goce cuantitativo por el goce cualitativo (Echeverría, 2010). Ahora bien, en nuestros mundos periféricos esto no significa necesariamente la posibilidad de satisfacer o no una necesidad, mucho menos de acceder al valor de uso lo que está en juego es la posibilidad de acceder a la blanquitud. Fumar *Philip Morris* y no cualquier tabaco casero o tomar *Vermouth* y no cualquier licor de caña te da acceso a la matriz reproductora (en pleno sentido biológico/simbólica) de la blanquitud. Si esto ocurre en el terreno del ocio, en el espacio doméstico tenemos los siguientes ejemplos:

[3]⁷[4]⁸

En las imágenes se ve una clara distribución sexual del trabajo, en los dos ejemplos elegidos, una mujer acompaña a los objetos que ahora realizan automáticamente las labores del hogar, nunca apareció un hombre en mi arqueología. La mujer sigue allí, como un artefacto más de la cocina, relegada al plano doméstico, con su delantal para no ensuciar la ropa con la que participaría posteriormente en el

⁷ “El Nacional”. Miércoles 18/05/1949. Pág. 5.

⁸ “El Herald”. Jueves 24/01/1952. Pág. 5.

[5]⁹

espacio público. Una vez más un adjetivo: “magnífica”, [3] seguido de la frase: “Por donde se mire”, ¿se refiere al refrigerador o a la mujer? ¿A quién se mira? En la otra imagen una cocina americana [4] al lado de un rostro blanco y sonriente. Dice el eslogan: “un conjunto moderno... diseñados para la comodidad del ama de casa”. La mujer moderna es la que ostenta esa blancura, y que además posee una cocina (norte) americana. El racismo del desarrollismo se convierte en un régimen visual cuando se masifica la prensa, el cine y la televisión.⁹ Consumo y blanquitud se convierten una

hybris de la modernidad (norte) americana. No es que se haya inaugurado el racismo en la década de los cincuenta del siglo xx, ello existe desde que se instaura la colonialidad y su patrón de poder como bien lo desarrolla Aníbal Quijano (2014). La novedad de este tiempo, es a la imposición de un mundo artificial lleno de signos, representaciones y sentidos que generan plusvalía ideológica, amparado en técnicas de masificación existentes actualmente y nunca antes provistas por la historia de la ciencia occidental. A través de esta publicidad se hace inteligible el proyecto civilizatorio en su etapa desarrollista. Devela el lugar del consumo, del género y de la raza durante la mundialización del *American Way of Life* en los años cincuenta, momento en el que se construyen los cimientos del mundo en el que vivimos en el siglo xxi. En la otra imagen aparece como objeto principalísimo el automóvil, [5] pero en este caso es una publicidad de pinturas. Una vez más el inmenso rostro de una mujer rubia con el enunciado: “belleza esplendorosa”, ¿el carro o ella o ambos? Ya vimos como la blancura en la mujer es maravillosa, magnífica y llena de belleza.

Uno pudiera preguntarse si es el objeto de consumo es el que vierte el aura de modernidad (norte) americana, (o sea desarrollista) al cuerpo blanco, o es la blancura del cuerpo que brinda su aura sobre el objeto. La

⁹ “El Heraldo”. Jueves 21/04/1955. Pág. 3.

hipótesis del artículo es que ambos se complementan simultáneamente y crean este código de blanquitud que genera el régimen visual necesario para imponer el proyecto desarrollista en Venezuela. No es sólo el ejercicio de plusvalía ideológica como máquina de dominación cognitiva de explotados/consumidores. Es la generación de una sensibilidad que privilegia la blancura instrumentalizando la desigualdad y la exclusión a través

[6]¹⁰

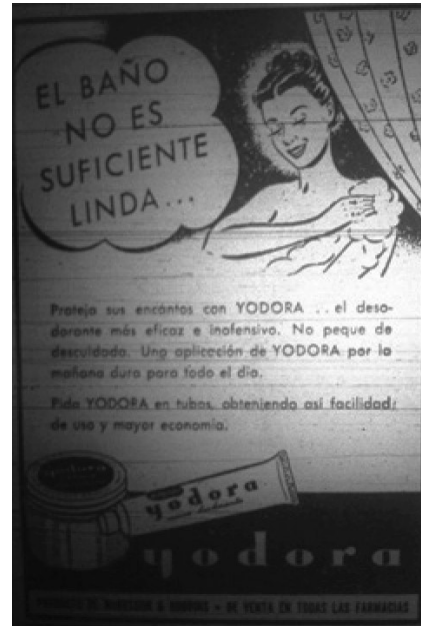


de la racialización de los cuerpos no blancos. El hecho de que un cuerpo afrodescendiente o indígena no aparezca expuesto al lado de los objetos que materializan el desarrollo que construyen la visualidad del deseo de modernizarse (americanizarse) explica claramente la disrupción que genera en imaginario colectivo la presencia de un cuerpo no blanco al lado de objetos (o lugares) que otorguen prestigio. La grilla de lectura del signo racial que usan para reprimir, detener y juzgar cualquiera de las fuerzas coercitivas: policías, agentes de inmigración, militares corroboraría esta hipótesis de inmediato.

Hasta ahora, lo que he querido demostrar, parafraseando a Ferdinand de Saussure en su *Curso de lingüística general* (1916) es que la blanquitud desarrollista sería la unión indisoluble entre el cuerpo blanco como significante anatómico

y el significado que tiene el consumo de objetos prestigiosos. Es decir, la mujer desarrollada es blanca y fuma *Philip Morris*. El hombre desarrollado es blanco y usa *Ford*. El estatus de la blanquitud iría incluso más allá, como veremos en las siguientes imágenes:

¹⁰ “El Heraldo”. Jueves 10/01/1952. Pág. 10.

[7]¹¹[8]¹²

No sólo el desarrollo necesita de un paisaje urbano y de la adquisición de objetos para la vida moderna (americanizada), también el cuerpo humano como materialidad es intervenido por el proyecto desarrollista. La higiene es cierto que forma parte de los primeros proyectos modernizadores, pero habría que repetir, que nunca había tenido la capacidad de masificarse en esta magnitud. En una publicidad de desodorante [8] el referente es una mujer blanca y el adjetivo *linda* aparece escrito. Al fin y al cabo *Yodora* es un desodorante para mantener los *encantos* (de la blancura evidentemente). La *normatividad* estética también tocará al hombre. En un país mayoritariamente afrodescendiente, un cabello así de lacio es una característica minoritaria en la población. *Brylcreem* se convertirá entonces en el normalizador de la no blancura, debido a que aquellos cuerpos no blancos podrán aparentarlo (siempre deficitariamente) a través del uso de este producto. En el caso de la otra imagen [7] también encontraremos un artefacto blanqueador, un instrumento que normalizará el cuerpo y transformará lo que no debería ser de esa forma, sobre todo, si se quiere habitar un mundo desarrollado, como el que se estaba construyendo en

¹¹ "El Nacional". Martes 04/01/1949. Pág. 12.

¹² "El Nacional". Viernes 04/02/1949. Pág. 18.

Venezuela. La necesidad de una blancura de piel para el proyecto desarrollista, se hace evidente cuando se va a estos espacios.

Si al principio del artículo ubiqué el giro del sistema mundo a partir de la postguerra y junto a ese quiebre el lanzamiento del programa del gobierno de los Estados Unidos para llevar la modernidad (norte) americana al resto del mundo, el Nuevo Ideal Nacional sería la narrativa que usaría el poder para legitimar las políticas públicas que coadyuven a la realización de ese proyecto en Venezuela. La dictadura llevará a cabo un conjunto de transformaciones materiales a gran escala que procurará urbanización, industrialización, tecnificación y profesionalización del país. Pero también problematizará la raza como atavismo y como consecuencia propiciará la inmigración europea como práctica blanqueadora. Denigrando al indio y borrando al afrodescendiente, el pasaje hacia la blanquitud será condición necesaria para desarrollarse. Las industrias culturales se convertirán en faro promotor del modelo de modernidad (norte) americana y su sociedad de consumo. La plusvalía ideológica consistirá en pretender crear una fantasía de que mediante la adquisición de objetos y la intervención de los cuerpos se puede lograr un blanqueamiento de los sujetos y, por ende, el desarrollo del país.

Por último, el desafío final para las ciencias sociales y las siguientes indagaciones sobre el tema, es rastrear los espacios en los cuales el sistema-mundo que es colonial/moderno (Quijano, 2014) se encarna en los cuerpos como espacios de incidencia y dominación, y quizás sea allí, en lo más íntimo de la sensibilidad, donde se libere la primera batalla a favor de la liberación.

BIBLIOGRAFÍA

- CASTILLO D'IMPERIO, O. (1990); *Los años del buldozer: ideología y política 1948-1958*. Caracas: Editorial Tropykos.
- ALTHUSSER, L. (2005); *Ideología y aparatos ideológicos de estado: Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- CORONIL, F. (2002); *El Estado mágico: Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: Nueva Sociedad/CDCH-UCV.
- BLANCO MUÑOZ, A. (1983); *Habla el General Marcos Pérez Jiménez*. Caracas: UCV/CDCH/Editorial José Martí.
- DORLIN E. (2008); *Sèxe, genre et diversité*. París: Puf.
- ECHEVERRÍA, B. (2010); *Modernidad y blanquitud*. México: Ediciones ERA.

- ESCOBAR, A. (1998); *La invención del tercer mundo, Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: Grupo Editorial Norma.
- , (2014); *Sentipensar con la tierra, nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: UNAULA.
- FANON, F. (1973); *Piel negra, Máscaras Blancas*. Buenos Aires: Abraxas.
- HALL, S. (2013); “El espectáculo del otro”, en Hall S, Restrepo E, Walsh C, Vich V, (eds) *Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Quito: UASB/ Corporación Editora, Universidad Javeriana, Instituto de estudios Peruanos, segunda edición, pp 431-458.
- HERRERA SALAS, J. (2009); *Economía Política del racismo en Venezuela*. Caracas: Editorial Mihail Bajtin.
- MATOS MAR, J. (1968); *Urbanización y barriadas en América del Sur*. Lima: Instituto de Altos Estudios Peruanos.
- QUIJANO, A. (2014); *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- ROIG, A. (2005); “El positivismo en Hispanoamérica y el problema de la construcción nacional. Consideraciones histórico-críticas y proyecto identitario”, en González Colom F. (ed.), *Relatos de Nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Volumen II, España: iberoamericana, pp- 663-677.
- SEGATO, R. (2007); *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de identidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- SILVA, L. (2011); *La plusvalía ideológica*. Caracas: Fundación para la Cultura y las Artes.
- VALLENILLA LANZ, L. (1991); *Cesarismo democrático y otros textos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- VARGAS ARENAS, I y SANOJA OBEDIENTE, M. (2015); *La larga marcha hacia la sociedad comunal*. Caracas: El perro y la rana.